



BULA
DE
SU SANTIDAD EL PAPA
BENEDICTO XV
SOBRE LA
VENERABLE ORDEN TERCERA
DE
NUESTRO SERÁFICO PADRE
SAN FRANCISCO DE ASÍS



BURGOS
Imp. de R. Aldecoa
MCMXXI

G-F 16324

BULLA

DE

SU SANTIDAD DEL PAPA

BEATRIX TO LA

POST LA

EMERABLE ORDEN TERCERA

DE

FRANCISCO MARCO MARCO

SAN FRANCISCO DE ASIS

T.176094



CARTA ENCÍCLICA

DE

NUESTRO SANTÍSIMO PADRE BENEDICTO XV

SOBRE LA VENERABLE ORDEN TERCERA

Benedicto Papa XV.

Venerables Hermanos, salud y Apostólica Bendición.

Muy oportuna Nos parece la próxima celebración del séptimo Centenario de la fundación de la Tercera Orden de Penitencia; y muévenos a recomendarla al orbe católico, con toda la eficacia de Nuestra apostólica autoridad, no sólo la certeza del provecho que esperamos ha de resultar al pueblo cristiano, sino también el grato recuerdo de un hecho, que a Nos particularmente atañe. En el año MDCCCLXXXII, en que el amor al Santo de Asís, merced a la solemnidad de las fiestas de su nacimiento secular, habíase avivado en el corazón de todos los buenos, recordamos con placer haber querido ser también Nos inscripto en el catálogo de los discípulos de tan gran Patriarca, vistiendo, con las formalidades prescriptas, el santo hábito de terciario en la insigne Basílica de Sta. María de Araceli, regentada a la sazón por los Menores. Ahora,

pues, que, por disposición divina, estamos Nos ocupando la Cátedra del Príncipe de los Apóstoles, por propio impulso, y estimulados también por nuestra devoción a S. Francisco, aprovechamos la ocasión presente, para exhortar a todos los hijos de la Iglesia a que, o abracen, de grado y con presteza, esta tercera institución del varón santísimo, ya que es muy adecuada a las actuales necesidades de la sociedad humana, o, si la hubiesen antes abrazado, mantengan con tesón su espíritu, y observen cuidadosamente sus estatutos.

Espíritu de San Francisco.

Conviene, sobre todo, que cada cual se forme una idea exacta de S. Francisco, teniendo ante los ojos su verdadero retrato moral, puesto que el retrato que proponen algunos escritores contemporáneos, se ha formado en los talleres modernistas, de donde sacan a vistas al **pobrecillo** de Asís con el carácter de un hombre poco adicto a esta Cátedra Apostólica, y como el prototipo y apadrinador de un vago y vano ascetismo, al cual verdaderamente ni le cuadra el nombre de **Francisco**, ni el apelativo de **santo**.

La Tercera orden coronamiento de los méritos de San Francisco.

Ahora bien, los grandes e imperecederos méritos, que, con sus trabajos en pro del cristianismo granjeó Francisco (trabajos que con razón le valieron en unos tiempos peligrosísimos el dictado de columna, dada por Dios a su Iglesia) se colmaron, al fundar la Orden Tercera, que, mejor que cualquiera de sus empresas, descubre la grandeza y la intensidad del ardentísimo celo que le abrasaba, impulsándole a propagar don-

de quiera la gloria de Jesucristo. Considerando atentamente los males que afligían a la Iglesia, acometió, con increíble denuedo, la empresa de renovar todas las cosas según los principios cristianos; como hubiese fundado dos familias, la primera de hermanos, y la segunda de hermanas, que, emitidos los votos solemnes, siguiesen la humildad de la cruz y no le hubiese sido posible admitir en el claustro a cuantos de todas partes acudían, deseosos de vivir en su escuela, sujetos a su dirección, discurrió la manera de facilitar la consecución de la perfección cristiana a los que vivían en medio de las turbulencias del mundo, estableciendo luego la que con toda propiedad denominamos Orden Tercera, la cual si en verdad no se halla atada con los sagrados vínculos de los votos, mas está adornada de cierta sencillez de costumbres semejante y del espíritu de penitencia.

De este modo, lo que ningún fundador de institutos religiosos había concebido, hasta entonces, concibiólo Francisco el primero de todos, adaptando a todas las personas de diversos estados y condiciones el tenor de la vida religiosa, y llevándolo al cabo, con el más lisonjero éxito, ayudado de Dios; de este hecho son irrefragable testimonio las siguientes bellísimas palabras de Tomás de Celano: «El egregio fundador, dice, con su forma de vida, regla y doctrina renueva en uno y otro sexo la Iglesia de Cristo; y obtiene los honores del triunfo un triple ejército de almas, ávidas de salvarse». Del testimonio de tan sesudo varón, contemporáneo del Santo, prescindiendo de otros muchos testimonios, infiérese con facilidad cuán honda y extensamente conmovió Francisco a los pueblos con esta institución; y cuán grande y saludable fué la transformación que en ellos fué efectuándose, una vez sólidamente establecida.

Ahora bien, sino cabe duda que Francisco fué el fundador de la Tercera Orden, como igualmente había sido de la primera y segunda, tampoco puede ponerse en tela de juicio que el

mismo siervo de Dios fué su sapientísimo legislador, prestándole en esta labor un excelente auxilio, como es sabido, el Cardenal Hugolino, que más tarde enalteció esta Silla Apostólica con el nombre de Gregorio IX, que a sí mismo se había impuesto; y, después de haber cultivado asiduamente la amistad del Patriarca de Asís, en todo el tiempo que este vivió, construyó sobre su sepulcro un bellissimo y suntuoso templo. La **Regla** fué, como a todos es notorio, aprobada por Nicolás IV nuestro predecesor.

La Orden Tercera reforma de costumbres.

Empero añadir más conceptos, Venerables Hermanos sobre estos puntos no es necesario; ya que lo que ante todo Nos proponemos es poner de relieve el carácter, o el genuino espíritu, por decirlo así, de este Instituto, del cual, como en la época de Francisco, así en estos tiempos, tan enemigos de la virtud y la Fé, confía la Iglesia obtener en beneficio del pueblo cristiano grandísima utilidad. León XIII, Nuestro inolvidable predecesor, profundo conocedor de las cosas y los tiempos, con el fin de hacer más y más acomodada a todas las personas de cualquier grado y condición que fuesen, la disciplina de los Terciarios, mitigó, con exquisita prudencia, y mediante la Constitución que empieza: «El misericordiosísimo Hijo de Dios», sus leyes, o la Regla, conforme a las presentes circunstancias de la sociedad, variando algunas cosas de poca importancia, que juzgó habían de hermanarse mal con las costumbres actuales, y advirtiendo taxativamente: **«sin embargo nadie piense que con esta reforma o mitigación hemos suprimido algo esencial a la naturaleza de la misma Orden, que es Nuestra expresa voluntad permanezca enteramente íntegra y sin mudanza substancial»**. Todo el cambio por tanto, de la Regla hállese en la corteza, no en la

médula, o en lo que constituye la fuerza y la razón de ser de la misma Regla, que sigue siendo tal como su venerable autor quiso que fuese. Creemos fundadamente que el espíritu de la Tercera Orden, que está exhalando el perfume suavísimo del Evangelio, puede contribuir muchísimo a la reforma de las costumbres privadas y públicas, con tal que ese mismo espíritu se difunda tan puro como en el tiempo en que Francisco predicaba en todas partes, con el ejemplo y de viva voz, el reino de Dios.

La paz social.—Deseos de la Iglesia.

A la verdad, quiere él que la caridad fraterna, salvaguardia de la paz y la concordia, sobresalga en el terciario de tal suerte que sea su virtud principal, y como su divisa; conector de que Jesucristo había dicho, refiriéndose a ella, ser su precepto, en el cual estaba contenida toda la ley cristiana, trató con el mayor empeño de que los ánimos de los suyos fuesen formados, según los principios de la caridad, logrando así que esta su Tercera Orden sin esfuerzo llegase a ser provechosísima a la sociedad. El amor de Dios y del prójimo, en que estaba abrasado Francisco, era tan intenso que, no pudiendo tolerar dentro del pecho tan seráficos ardores, hubo de darles salida, inflamando a los demás. Y en efecto; habiendo comenzado a reformar la vida privada y doméstica de los hermanos y a enseñarlos a cultivar las virtudes cristianas, como si no hubiese de esperar los resultados, juzgó que no había de detenerse aquí; mas de la enmienda de los individuos sirvióse, como de instrumento, para encender en el corazón de la humana sociedad el deseo de adquirir la sabiduría de la vida cristiana, ganando a todos los hombres para Jesucristo.

El Terciario, heraldo de la paz cristiana.

La idea acariciada por Francisco, de que los terciarios llegasen a ser, en medio del torbellino de discordias y revueltas populares de su tiempo, otros tantos mensajeros y apóstoles de la paz, también acariciábamos Nos, cuando el terrible azote de la guerra afligía a casi todo el mundo; y esa misma idea acariciamos aún ahora, que no está completamente apagado el incendio, cuando el rescoldo está a cada paso humeando todavía, y los carbones, antes apagados, son hoy en algunas partes ascuas que despiden llamas. A este peligro añádese el malestar interior de las ciudades, engendrado por el olvido inveterado y el menosprecio de los principales cristianos, estando a la sazón entablada entre unos y otros gremios de ciudadanos una tan dura contienda sobre el reparto de los bienes terrenos que ya ha de temerse la catástrofe universal.

Por esta causa, en medio del campo tan inmenso, en que como representante del Rey Pacífico, hemos dedicado Nuestro pensamiento y consagrado Nuestros principales cuidados al logro de la paz, solicitamos con ardiente deseo la activa e industriosa cooperación de todos cuantos son hijos de la paz cristiana; y principalmente de los hermanos terciarios, quienes a maravilla contribuirán al restablecimiento de la paz y concordia de los ánimos, acrecentándose su número y su fervor.

Deseos del Vicario de Jesucristo

Muy de desear es, por tanto, que no haya ciudad, villa ni aldea que no cuente muchísimos hermanos de esta clase; esto es, que no sean apáticos y desidiosos, y contentos y satisfechos sólo con apellidarse terciarios; mas sean activos y codi-

ciosos de la salvación propia y ajena. ¿Qué razón hay, pues, para que la muchedumbre de asociaciones diversas, ya de jóvenes, ya de obreros, ya de señoras, que se ven en todas partes, ostentando el nombre de católicas, no se agregue a esta Orden Tercera; y, poseídas tales asociaciones del mismo espíritu de paz y caridad, que animaba a Francisco, no sigan trabajando incesantemente por la gloria de Jesucristo y de su Iglesia?

Porque la paz, que el género humano pide con instancias, no es la paz concertada con harto trabajo por los que en sus deliberaciones sólo atienden al dictamen de la prudencia humana, sino la paz traída por Cristo. cuando dijo así: **«Mi paz os doy; mas no os la doy como la da el mundo»**. (1) Porque la concordia de los estados, de las ciudades y de los gremios entre sí, discurrida y pactada por los hombres, ni puede ser duradera, ni producir de ninguna manera los efectos de la verdadera paz, que ha de fundarse en la misma pacificación de los ánimos; pues semejante paz es mala, si los apetitos insatiabiles, que son fuente de todo linaje de disensiones, no son atajados y sojuzgados con el freno del deber. **¿De qué manantial—pregunta el apóstol Santiago—brotan vuestras guerras y vuestros pleitos? ¿No es por ventura de vuestras concuspiscencias, que radican en vuestros miembros?** (2). Ahora bien, ordenar el hombre interior de modo que, en lugar de ser éste el esclavo de sus pasiones, sea el que las gobierne, permaneciendo él a su vez obediente y sujeto a la divina voluntad; restablecer este orden, en el cual, como en su fundamento descansa la paz común, propio es de la virtud de Cristo, que en la familia de los terciarios de San Francisco muéstrase maravillosamente eficaz. Porque como esta Orden, según dejamos apuntado, se proponga encaminar

(1) San Juan XIV, 27.

(2) Santiago.—Epist. Cat. IV.—1.

a la perfección cristiana a sus miembros, por más que no hayan de desamparar los cuidados seculares, (ya que la santidad de costumbres no es incompatible con ningún género o estado de vida), por eso allí donde hay muchos que llevan una vida conforme al espíritu de este Instituto, síguese, casi necesariamente, que sirvan de grande estímulo a todos aquellos, entre quienes se hallan y con quienes se relacionan, no sólo para el fiel cumplimiento de sus deberes, sino también para aspirar a una perfección mayor que la prescrita por la ley general. La alabanza que Nuestro Señor Jesucristo tributó a los discípulos que le eran más adictos, diciendo: «**Del mundo no son, como yo no soy del mundo**» (1) ha de tributarse cabalmente, con mucha razón, a los hijos de Francisco, que, observando con verdadero espíritu los consejos evangélicos, en cuanto es dado observarlos en el siglo, pueden verdaderamente afirmar de sí mismos lo que el Apóstol: «Nosotros, pues, no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el Espíritu, que es dádiva de Dios» (2).

La Orden Tercera y el espíritu del mundo

Por esta razón, manteniéndose tan alejados como les fuere posible, del espíritu del mundo, no han de perdonar a ningún afán, para introducir en las costumbres sociales, cuantas veces tuvieren ocasión, el espíritu de Jesucristo. Ahora bien, dos son las pasiones, hoy predominantes, dentro de las perversísimas costumbres de los hombres; el desmedido deseo de enriquecerse y la sed insaciable de placeres. Aquí principalmente tienen su origen las manchas que deshonan y afean al género

(1) San Juan—XVIII—16.

(2) San Pablo—I a los de Corinto II—12.

humano; a saber: el progreso, casi continuo, en todas las cosas que se enderezan a la vida de holgura y placer, y el indigno retroceso a la antigua corrupción del paganismo en aquello que es, indudablemente, más noble y más grande en lo que se refiere a la obligación de vivir según las normas de la honestidad y la rectitud. Porque cuanto el hombre más se aparta de la consideración de los bienes eternos, que en el cielo están aparejados, tanto más le seducen y cautivan los caducos y temporales de este mundo; y, en cuando el hombre se abate y posa una vez sus plantas en el fango, comienza poco a poco a flaquear en la virtud, causándole hastío las cosas espirituales; y sólo los placeres le gustan y en ellos se huelga. Así pues estamos viendo extenderse de un lado el inmoderado afán de buscar y acrecentar riquezas, y del otro que va generalmente faltando la antigua virtud de la paciencia para soportar las molestias anejas a la pobreza y a la miseria; y vemos también que los antagonismos, que hay, según hemos dicho, entre los proletarios y los ricos, se recrudecen; pues el excesivo lujo con que muchos adornan sus personas, unido a la desenfrenada licencia de costumbres, aviva el odio de los miserables indigentes. Y en verdad que acerca de esta materia no podemos deplorar suficientemente la ceguedad de muchísimas mujeres de toda edad y condición que, enloquecidas por la manía de parecer bien, no columbran que, además de desagradar a los hombres más morigerados con la desatentada manera de vestir, ofenden a Dios. Ni les basta ya presentarse en público ataviadas con trajes, que a la mayor parte de ellas hubieran en otro tiempo inspirado horror, como harto contrarios a la modestia cristiana; mas no se avergüenzan de entrar en el santo templo y asistir a las funciones sagradas; llegando su osadía hasta llevar a la misma mesa Eucarística, en que se recibe el divino autor de la pureza, el incentivo de las torpes pasiones. Omitimos tratar de ciertos bailes, a cuál más indecentes y peores, poco há importados de las selvas, y ad-

mitidos por los que se jactan de cultos y elegantes, pues en verdad no ha podido hallarse cosa más a propósito para que se pierda la vergüenza.

Modestia y beneficencia Seráficas.

Reflexionando sobre estas cosas los Terciarios, han de comprender lo que de ellos, que son discípulos de Francisco, piden los tiempos presentes. Conviene, pues, que la vida de su Padre sea para ellos como el espejo en que se miren; consideren cuán grande y expresiva fué la semejanza que tuvo con Jesucristo, especialmente en huir de las comodidades del mundo y abrazarse con los dolores, granjeándose por esto el dictado de Pobrecillo y recibiendo en su cuerpo las llagas de Jesús crucificado; prueben no ser hijos degenerados, desposándose con la pobreza, de espíritu al menos; negándose a sí mismos y llevando cada cual su cruz. Mas por lo que a las Terciarias principalmente toca, de tal manera vistan, cuiden del ornato de su persona y se porten en todas las circunstancias de la vida, que sirvan a todas las demás doncellas y a las madres de modelo de santa honestidad; y persuádanse de que con ningún otro sacrificio merecerán mayor bien de la Iglesia y de la sociedad que cooperando eficazmente a la reforma de las corrompidas costumbres. Y si los hermanos de la Tercera Orden, para socorrer las múltiples necesidades de los indigentes, fundaron diversos institutos de beneficencia, no han de consentir ahora ciertamente que los hermanos necesitados, no de bienes terrenos, sino de bienes de orden superior, se vean destituidos del auxilio de su caridad. Y ahora vienen a Nuestra memoria las palabras con que exhortaba el apóstol S. Pedro a los cristianos a servir a los gentiles de modelo, viviendo santamente, para que **«considerando—decía—vuestras buenas obras, glorifiquen a Dios en el día de la visitación»**.

Del mismo modo los terciarios de S. Francisco, manteniendo la integridad de la fe, conservando la inocencia de la vida y desplegando su discreto celo, difundirán por todos los ámbitos del mundo el buen olor de Cristo; y a los hermanos, que se hubieren desviado del camino, servirán de aviso y de invitación al arrepentimiento: esto de los Terciarios exige, esto espera la Iglesia.

Exhórtase a todos a ingresar en la V. O. T. Propagación de la misma.

Nos, en verdad, esperamos que las próximas solemnidades han de dar a la Orden Tercera mucho incremento; y no dudamos que vosotros, Venerables Hermanos, y los demás Pastores de almas, habréis de procurar, con toda la solitud de vuestro celo pastoral, que las hermandades de terciarios, allí donde languidezcan, vuelvan a recobrar nuevo vigor; se establezcan también otras en todos los lugares, que pueda hacerse, y florezcan todas, no menos por la observancia de la Regla, que por la muchedumbre de hermanos. Porque trátase, en conclusión, de allanar a muchos hombres el camino y preparar, mediante la imitación de Francisco, su retorno a Cristo, en el cual retorno está principalmente cifrada la esperanza de salvar a la sociedad. Pues lo que en efecto dijo de sí San Pablo: «**Sed mis imitadores como yo soy de Cristo**» (1) con razón pudo decir también Francisco, que, imitando a Jesucristo, hizo-se una fiel copia suya o imagen la más semejante de todas.

(1) S. Pablo I a los Corinto XI, 1.

Gracias concedidas para este Centenario.

Y así para estas solemnidades del Centenario sean más y más fructuosas, Nos, a instancias de los Ministros Generales de las tres familias Franciscanas de la primera Orden, sacamos del tesoro de la Iglesia y, de buena voluntad, otorgamos las gracias siguientes:

I. En todas las iglesias, donde se halle erigida canónicamente la Orden Tercera, en el triduo, que habra de celebrarse, dentro de un año, contado desde el 16 del próximo abril, para solemnizar este VII Centenario pueden ganar los terciarios, con las condiciones acostumbradas, **una indulgencia plenaria, en cada uno de los tres días;** y los otros fieles **una sola vez** en dicho triduo; todos los que doliéndose de sus pecados, visitaren al Santísimo en las susodichas iglesias, cuantas veces lo hicieren, otras tantas ganen **siete años de perdón.**

II. En dichos días todos los altares de las mismas iglesias serán privilegiados, pudiendo todos los sacerdotes, que celebren el mismo triduo, decir la misa de San Francisco, como votiva **pro re gravi et publica de causa,** observando las rúbricas generales del Misal Romano, como en la última edición vaticana se proponen.

III. Todos los sacerdotes, adscriptos a las mismas iglesias, puedan, si bendicen en estos tres días Rosariós, medallas y objetos sagrados semejantes, aplicarles las indulgencias apostólicas, las de los Rosarios crucíferos y las de Santa Brígida.

Y, como augurio de favores celestiales y prendas de Nuestra paternal benevolencia, a vosotros, Venerables Hermanos, y a todos los miembros de la Tercera Orden, amorosamente concedemos la Apostólica Bendición.

Dada en Roma, junto a S. Pedro, en el día de la Epifanía del Señor del año MCMXXI, séptimo de Nuestro Pontificado,

BENEDICTO PP. XV.



